

# HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



## Capítulo 6

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas  
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /  
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /  
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /  
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /  
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*Homenaje a Valentín Paniagua Corazao*

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010  
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:  
Fondo Editorial PUCP  
Primera edición, noviembre de 2010  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5  
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040  
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## VALENTÍN PANIAGUA: LA VIRTUD DE LA DECENCIA Y LA DOCENCIA

**Enrique Bernales Ballesteros**

Entre las ilustres personalidades que cuajan la memoria histórica del Perú, descolla con nombre propio el de Valentín Paniagua Corazao. La grave crisis en medio de la cual se produjo la caída del régimen fujimorista, requería la conducción de quien encarnara la entereza moral, la seguridad que dan el conocimiento y la experiencia; en suma, un estadista. Las miradas se concentraron entonces en él para dirigir la transición democrática.

### **I. VOCACIÓN POR EL ESTADO DE DERECHO**

Cuando se piensa en Paniagua es fácil recordar a otro insigne peruano: José Luis Bustamante y Rivero, que resistió las tentaciones inducidas de usar la mano dura y convertirse en un déspota, para preferir el amor al Derecho y a las reglas del juego democrático.

Paniagua era de la misma estirpe democrática. Pero en Valentín confluía además de esa vocación por el derecho constitucional la larga experiencia en el trajín de la política. La vocación le llegó temprano. Fue dirigente estudiantil y presidente de la Federación Universitaria. A comienzos de los años 60 ya militaba en la juventud Demócrata Cristiana. A los 26 años fue elegido diputado por el Cusco y ese mismo año se convirtió en el ministro de Justicia más joven de nuestra historia. Conocía muy bien el teje y maneje de la política, pero nunca descendió al infierno dantesco donde suelen habitar los malos políticos criollos; aquellos que rentan de la política o la utilizan al servicio de su vanidad. Paniagua era diferente, en cada acto de su vida pública trascienden el espíritu de servicio y su severo compromiso con un modo de hacer política, a condición de ser y mantenerse leal a los principios éticos que la fundamentan.

Para él gravitaba el ejemplo de los grandes juristas y estadistas republicanos, los grandes defensores de la constitucionalidad. Alguna vez, cuando era

homenajead, confesó su alegría cuando Domingo García Belaunde le advirtió que la casona Riva Agüero era la vieja casa de Ramírez de Arellano, el gran luchador por el constitucionalismo. Decía Paniagua: «Naturalmente, para mí es grato recordarlo porque era cusqueño. Ramírez de Arellano fue el primer batallador en este país por el imperio de la constitucionalidad; fue tal vez el primer preso político por defender la Constitución de 1812 en las elecciones a las Cortes Ordinarias que se produjeron después de la dación de esa Constitución y, cuando en 1813 se eligieron las primeras municipalidades en este país conforme a esa Constitución, Ramírez de Arellano —una vez más en demanda del cumplimiento del mandato constitucional— provocó desordenes que terminaron naturalmente con él en el Callao». Esa es la progenie y uno de los modelos del hombre de Derecho.

Valentín tuvo claro desde muy joven qué es lo que quería. Cuando otros jóvenes tantean una profesión rentable y vislumbran negocios, prefirió ser el líder del Frente Universitario Independiente que se enfrentaba a comunistas y apristas que se disputaban el liderazgo del movimiento estudiantil en la Universidad San Antonio Abad. La temprana lucidez intelectual, unida a su capacidad de atraer la confianza de otros y de persuadir con una oratoria brillante, lo condujeron a presidir muy pronto la Federación de Estudiantes de su universidad. La política bullía en su interior, la radicalidad de esos primeros años nos exhiben a un Paniagua movilizand gente, arengando. Él, como muchos en el Cusco, protestaron por la presencia de Pedro Beltrán, presidente del Consejo de Ministros de Prado, en las alturas cusqueñas.

Pero a Paniagua la política le interesaba especialmente por su vocación de justicia y su sed de Derecho. Yo que lo conocí y fui su amigo desde los años mozos doy testimonio de que no era un hombre de ambiciones inmediatas; le era ajena la sensualidad del poder. Por esa razón, y cuando recibió el Honoris Causa de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, dijo, sorprendiendo a todos: «Este es tal vez el único honor que ambicioné secretamente a lo largo de toda mi vida». ¡Un hombre grande!

Pese a su desdén por el poder, aceptó los retos de la política, pero participó en ella enriqueciéndola con ideas y doctrina, con acciones positivas y ejemplar rectitud. Paniagua, fervoroso en la batalla de sus ideales, cobijaba también a un sereno estadista, tan reflexivo y paciente como el virtuoso ajedrecista que también albergaba en su interior. De allí su pasión por el *fair play* en todos los ámbitos de la vida.

Católico leal, abrazó la política al lado de un apasionado líder como Héctor Cornejo Chávez. Esa es la razón por la que integró la lista de candidatos al Congreso de la alianza Acción Popular-Partido Demócrata Cristiano. Cuando

Luis Bedoya Reyes y un grupo del ala conservadora abandonan la DC, Paniagua permanece fiel a su organización. Sus cualidades como orador y polemista revelaron sus condiciones políticas, esta vez enfrentándose en fino combate de esgrima verbal a los apristas y odriístas en el Congreso del primer belaundismo. El golpe de Estado del general Velasco Alvarado clausuró el Congreso y Paniagua se mantuvo bajo la misma línea democrática que siempre había propugnado. Un hombre coherente, íntegro, que a riesgo de reservar distancias del nuevo régimen, abandonó la DC en julio de 1974, en protesta por su contemporización con la dictadura militar. Pocos recuerdan eso para medir la estatura de su honradez política. Cornejo Chávez se había convertido en director de *El Comercio*. Poco después, Paniagua se afiliaría a Acción Popular, siguiendo la figura de otro gran líder como fue Fernando Belaunde.

Mucho puede decirse de su gestión ministerial o presidencial, pero quiero enfocar al hombre de Derecho que desde la política se lanzó valientemente contra todo aquello que amenazara la constitucionalidad y la democracia. Él lo reafirma cuando dice:

Pero en todo caso sí quiero decir que desde joven aprendí, y me parece que fue un útil aprendizaje, la experiencia histórica vivida en el Cusco; de joven aprendí a resistir y a rechazar la arbitrariedad. Teníamos allá en el Cusco una vieja tradición de lucha frente a las autocracias y las dictaduras que no habían permitido el desarrollo de nuestro departamento. Algunos sentíamos casi como un compromiso familiar, heredado de las montoneras gloriosas de 1895, la responsabilidad de defender la libertad y la democracia en el Perú.

## 2. EL MAESTRO

Paniagua, como era de esperarse, ejerció la función pública con intermitencia, pero su magisterio con los jóvenes fue permanente. Fue profesor en la Pontificia Universidad Católica, en la Universidad de Lima, en la Universidad San Martín de Porres, en la Universidad Femenina del Sagrado Corazón y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fue, como se ve, un maestro dedicado, que alternaba la cátedra con la política, prodigando su sapiencia en los dos ámbitos. Un hombre de múltiples actividades y conocimientos. Sus cursos, hasta sus últimos días, pertenecieron a temas de derecho constitucional, derecho administrativo e instituciones políticas.

Coincidió con él en la docencia y pude apreciar de cerca su rigor académico y su sapiencia; su comprensión para las inquietudes estudiantiles y su exigencia para el conocimiento. Supo ser maestro y amigo.

En simultáneo, publicó libros en los que abordó la historia política y electoral peruana. Conocemos de la calidad de sus innumerables ensayos, abordó meticuloso la ingeniería constitucional, el tema de los regímenes políticos, el de los problemas del militarismo. Fue un colaborador entusiasta en las publicaciones de la Comisión Andina de Juristas. Memorables son los ensayos y los discursos con los que nos acompañó en el análisis del proceso de descomposición del fujimorato, cuando no preveíamos que quien nos ilustraba con su sapiencia iba a ser pronto condecorado con un honor que solo él podía minimizar: la Presidencia de la República; pero a Paniagua le importaba muy poco el poder. A él le interesaba más que todo, la enseñanza de la Constitución. Se recuerda como anécdota, que un día después del golpe de 1992, el maestro ingresó al aula donde le tocaba dictar en la Universidad de Lima y tras un lapso de silencio y miradas cómplices de sus alumnos, solo atinó a decir: «¡Ya no tengo nada que enseñarles sobre Derecho Constitucional!»

### 3. LECCIÓN DE DECENCIA

Paniagua solía referirse a la democracia como una categoría que está más allá de las formas. Para él, ella no es apenas procedimiento, sino valores permanentes. Pensaba en la verdad, la justicia, la igualdad y la tolerancia. Fue maestro en la defensa de sus ideales y en la sinceridad del amor al Perú y su compromiso con la utopía. Pocos son los hombres que transmiten que la política puede ser sacerdocio, esto es, un ministerio al servicio de una idea, incondicional. Muy pocos como Paniagua han sido ajenos a las mezquindades, los cálculos o las compendias. Él era un solitario en medio del barullo politiquero, a veces sórdido, de la politiquería criolla. Por eso la validez de clasificarlo como un ejemplo para los jóvenes.

Concebía también que la política se enrarece cuando está contaminada de odios. Era amigo del diálogo y de los consensos, el más apto según los «tirios y troyanos» de la época para guiar la nave del gobierno luego de la renuncia cobarde de Fujimori desde el Japón. Pero dejemos que él mismo nos ilumine: «En el Perú hace falta un cambio de conducta política. Ha sido tradición hacer de la política un ejercicio de permanente confrontación, se le entiende como un empeño destructivo entre fuerzas en permanente combate dispuestas a cultivar sentimientos de enemistad sin entender que los grupos políticos somos hombres que amamos profundamente el Perú, pero que no compartimos los mismos criterios para resolver sus problemas. La confrontación ha hecho naufragar la democracia peruana permanentemente».

Paniagua fue parlamentario y ministro de Justicia (1963) y de Educación (1984), la suya fue una obra política ejemplar, especialmente por la honestidad con que asumió y ejerció sus cargos. Es común escuchar que una de las mayores virtudes de este gran hombre fue su decencia. Curiosamente la palabra «decencia» tiene en el diccionario de la Real Academia cuatro acepciones y todas encuadran en el perfil moral de Paniagua: 1) Respeto exterior a las buenas costumbres o a las convenciones sociales. 2) Dignidad en los actos y en las palabras conforme al estado o calidad de las personas. 3) Limpio, aseado, arreglado. 4) Respeto moral que impide avergonzar o herir la susceptibilidad ajena.

En efecto, fue ajeno a la actitud retadora o fuera de las formas. Era ordenado y prolijo en el hablar y en la apariencia y guardaba respeto moral. No lo recuerdo hiriendo o desafiando. Era elegante en el lenguaje. Era todo lo contrario de lo que aconseja la mala política, la que gana réditos, es decir, aquella a la que recurren los nuevos maquiavelos mediante el engaño y la manipulación.

Dadas sus cualidades, el Congreso lo eligió en el 2000 para la alta responsabilidad de conducir la transición. Doy testimonio de su entrega y de su valentía para lidiar con el saldo dejado por el fujimorato, una red corrupta y una aguda descomposición en la estructura estatal, además de una inquietante recesión. Solo él generaba la sensación de confianza y lucidez para encaminar y garantizar la transparencia de nuevas elecciones generales. La confianza solo se gana con la decencia y no solo fueron los políticos los que no tardaron en dársela, fueron también los ciudadanos. Cuando Paniagua abandonó Palacio, lo hizo en olor de multitud, con 70% de respaldo en las calles.

#### **4. LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA**

Paniagua no aspiraba al poder, era un hombre de ideales al que le tocó por destino ejercer cargos políticos. Cuando quedó vacante el puesto para la presidencia del Congreso y todos mencionaban su nombre, él, pegado a las reglas de la decencia política, dijo que la presidencia del Congreso le correspondía a Perú Posible, dada su mayor representación parlamentaria. Nuevamente, el «deber ser» por encima de todo.

Incluso Carlos Ferrero, quien había asumido la primera vicepresidencia del Congreso, tenía la primera opción para la Presidencia de la República. Pero declinó a su favor porque Paniagua era el hombre del consenso.

Fue así cómo el hombre que no quería tampoco ser presidente del Congreso se convirtió (también sin quererlo) en Presidente de la República. Vale decir que Valentín solo aceptó ser candidato al Congreso el 2000 muy contra sus deseos, dada su condición de secretario general de Acción Popular. Fue un político leal

a su partido hasta el final de su vida, dispuesto a dar batalla desde todas las tribunas para preservar el legado orgánico de Fernando Belaunde.

Por eso, solo alguien de las cualidades de Valentín podía asumir los difíciles retos de una transición cuya carga más pesada era desentrañar y juzgar la red corrupta creada por Vladimiro Montesinos para comprar conciencias. Políticos, empresarios, testaferros, militares, componían la lista de personajes que se habían corrompido en el fujimorato. Su trayectoria y decencia lo hacían digno de confianza en la tarea encomendada, eludiendo así la posibilidad de que algunos esgrimieran la tesis de la venganza política. Su compromiso con la lucha anticorrupción fue el de un hombre de Derecho.

Para consolidar esa confianza, su gabinete tenía que ser de lujo y así lo fue, comenzando por la cabeza. Javier Pérez de Cuellar presidió el Consejo de Ministros y fue su canciller. Lo acompañaron Javier Silva Ruete, Diego García-Sayán, Emilio Navarro, Juan Inchaústegui, Marcial Rubio, Susana Villarán, entre otros.

Muchos de los ministros claves eran personas comprometidas con los derechos humanos y, por tanto, su visión y misión iban vinculadas a la necesidad de adecuar el régimen político y ajustarlo al Derecho. Mal podía una transición legitimar abusos e injusticias o apelar al viejo recurso republicano del «borrón y cuenta nueva». El fujimorato fue un régimen sustentado en la artimaña jurídica, la leguleyada, la corrupción y la violación de derechos humanos.

De su obra política de esa época destaca el nuevo juicio que inició a los cabecillas terroristas en el fuero civil, tal como lo ordenaba la sentencia que, sobre el tema, emitió la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Un gobierno democrático debía ser justo, sin dejar de condenar las acciones criminales y genocidas de Sendero Luminoso y el MRTA y ver porque todos los ciudadanos sean procesados conforme a las leyes y a los tratados internacionales de derechos humanos. Creer en el Derecho no es debilidad, es rescatar las reglas, que en una república saludable deben estar por encima del voluntarismo político. Quienes cometieron delitos contra la vida y la integridad física de las personas así como las propiedades pública y privada deben ser sancionados con rigor.

La creación de la Comisión de la Verdad<sup>1</sup> durante el Gobierno de Transición fue otra de las obras en la perspectiva del Derecho y la justicia con la que se buscó rescatar de la memoria histórica la verdad de un tiempo de terror que aún seguía afectándonos. Era necesario saber que pasó en el Perú de los 80 y 90 para esquivar la posibilidad de que la Historia se volviera a repetir. Es bajo esas líneas de razonamiento que la Comisión de la Verdad le dio al Perú no solo un recuento detallado de hechos y testimonios sino también de recomendaciones y

---

<sup>1</sup> Alejandro Toledo le agregaría «y de la Reconciliación Nacional».

reparaciones por ejecutar, en la búsqueda de un país reconciliado consigo mismo y optimista sobre su futuro.

La transición liderada por Paniagua fue mucho más, fue también la reinserción del Perú en la comunidad democrática internacional.

Fue un trayecto duro, porque en el gobierno se granjean enemistades y se desafían tempestades. Es fácil acomodarse en la oposición, lo difícil es ejercer el cargo ejecutivo en el que todas las miradas (sobre todo, las más críticas) se suelen centrar.

## EPÍLOGO

Los grandes líderes son providenciales, están allí y son llamados para las grandes tareas de la Historia. El espíritu de un líder es vital para guiar los cambios. Los grandes estadistas son líderes anímicos, generan esperanza y convocan a la acción. Otro hubiese sido también el destino político de la India si Mahatma Ghandi no hubiera sido el faro moral de una revolución sin armas.

En los momentos difíciles, Valentín Paniagua estuvo allí. Y no es que sin él todo hubiera sido fracaso. Nadie es imprescindible en la Historia. Sin embargo, pocas veces, en una crisis, se encuentra la solidez moral de un personaje honesto. La política suele atraer a mediocres signados por menudos apetitos. Pero fuimos afortunados. Paniagua fue uno de esos pocos modelos ejemplares que por suerte y en la más azarosa de sus crisis, el Perú pudo hallar.